

#26

NARRAR LA EXPERIENCIA DE LA REFUGIADA. ESTUDIO COMPARADO DEL EXILIO EN LA LITERATURA DE MARYAM MADJIDI Y KIM THÚY

Purificació Mascarell

Universitat de València

<https://orcid.org/0000-0002-8170-9577>

Artículo || Recibido: 23/07/2021 | Aceptado: 29/11/2021 | Publicado: 01/2022

DOI 10.1344/452f.2022.26.2

purimascarell@gmail.com

Ilustración || © Isela Leduc – Todos los derechos reservados

Texto || © Purificació Mascarell – **Licencia:** Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons





Resumen || Este artículo presenta un análisis comparativo de las novelas autobiográficas *Marx* y *la muñeca*, de Maryam Madjidi, y *Ru*, de Kim Thúy, autoras que pasaron por el duro trance del exilio en países francófonos durante su infancia: de Irán a Francia y de Vietnam a Canadá, respectivamente. El objetivo es trazar un recorrido a través de estas obras de la literatura migrante para observar las similitudes narrativas y los paralelismos temáticos, la repetición de lugares comunes o imágenes que concretan la experiencia del exilio, poniendo de relieve aquellos elementos que configuran el universo imagológico particular de la literatura desterritorializada.

Palabras clave || Literatura comparada | Migración | Exilio | Narrativa | Identidad

Abstract || This article presents a comparative analysis of the autobiographical novels *Marx and the Doll*, by Maryam Madjidi, and *Ru*, by Kim Thúy, authors who went through the harsh experience of exile in French-speaking countries during their childhood: from Iran to France and from Vietnam to Canada, respectively. The objective is to trace a journey through these works of migrant literature to observe the narrative similarities and thematic parallels, the repetition of topics or images that specify the experience of exile, highlighting those elements that make up the particular imagological universe of deterritorialized literature.

Keywords || Comparative Literature | Migration | Exile | Narrative | Identity

Resum || Aquest article presenta una anàlisi comparativa de les novel·les autobiogràfiques *Marx* y *la muñeca*, de Maryam Madjidi i *Ru*, de Kim Thúy, autories que van passar pel dur tràngol de l'exili en països francòfons durant la seva infància: de l'Iran a França i de Vietnam a Canadà, respectivament. L'objectiu és traçar un recorregut a través d'aquestes obres de la literatura migrant per tal d'observar les similituds narratives i els paral·lelismes temàtics, la repetició de llocs comuns o imatges que concreten l'univers imagològic particular de la literatura desterritorialitzada.

Paraules clau || Literatura comparada | Migració | Exili | Narrativa | Identitat

Primero están las cifras. Y son escalofrantes. ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados, estima que el desplazamiento forzado superó los 80 millones de personas en todo el mundo a mediados del año 2020. Esta cifra total incluye 45,7 millones de personas desplazadas internas, 29,6 millones de personas refugiadas y desplazadas por la fuerza fuera de sus países, y 4,2 millones de solicitantes de asilo (ACNUR, 2020). Luego están las historias particulares de cada una de esas personas, obligadas a abandonar sus hogares como consecuencia de persecuciones, conflictos y violaciones de los derechos humanos, forzadas a instalarse en lugares ajenos y a empezar sus vidas de cero. Aunque nunca se empieza de cero: el trauma, el miedo, las carencias comunicativas, las secuelas físicas, la nostalgia... Son el equipaje que porta de por vida el exiliado. ¿Es posible trasladar al lenguaje escrito las consecuencias íntimas de la experiencia límite del exilio? Como señala Amelia Sanz Cabrerizo, estamos ante «el desafío de una hermenéutica para un mundo sin fronteras». Por ello, y como aviso a los estudiosos de la literatura, la misma autora apunta: «Quizás sea una contribución importante estudiar la representación de las identidades (des)localizadas a partir de los textos literarios» (2008: 14). Precisamente, los dos textos que van a ocuparnos son ejemplos destacados de aproximación narrativa a las vivencias del exilio y de la integración en otros países: *Marx y la muñeca* (Minúscula, 2018)¹, de Maryam Madjidi, autora iraní afincada en Francia, y *Ru* (Periférica, 2020)², de la canadiense y vietnamita Kim Thúy.

Pocos discuten que la teoría poscolonial ha supuesto una revisión, cuando no un cuestionamiento radical, de los conceptos rectores de la modernidad: sujeto, progreso, verdad, nación, identidad, literatura... Con respecto a esta última, y desde los años setenta, se ha venido poniendo en evidencia lo limitado del concepto tradicional de *literatura* y la necesidad de transgredirlo y ampliarlo para dar cuenta de fenómenos ignorados, ocultos o despreciados según los parámetros clásicos. La progresiva apertura del canon literario a nuevas voces ha incorporado, a su vez, géneros situados usualmente en la periferia: relatos de viajes, biografías, dietarios, crónicas, reportajes, memorias... Precisamente son estos géneros —su mezcla, en gran parte de los casos— los utilizados para narrar la experiencia de la migración o del desplazamiento, para contarla desde una dimensión subjetiva y psicosocial. Así, diferentes sellos editoriales españoles han dado cabida a relatos de este tipo en su catálogo reciente, sea en traducción o en su lengua original de escritura: *Jo també sóc catalana*, de Najat El Hachmi (La Butxaca, 2004); *El niño de las chabolas*, de Azoug Begag (Siruela, 2011); *Manual de exilio*, de Velibor Čolić (Periférica, 2018); *Hija del camino*, Lucía Asué Mbomío Rubio (Penguin, 2019); *Corazón que ríe, corazón que llora* y *La vida sin maquillaje*, de Marysé Condé (Impedimenta, 2019 y 2020); *Desencajada*, de Margarita Yakovenko (Caballo de Troya, 2020); *Piedras en los bolsillos*, de Kaouther Adimi (2021)...

Bajo las denominaciones de «literatura migrante»³, «literatura del refugiado» o «literatura del exilio», también bajo las etiquetas «literatura desterritorializada» o «literatura intercultural», aparecen textos entre la autobiografía y la ficción que se sitúan a caballo entre dos (o más) identidades nacionales. Se trata de unas textualidades que no requieren de

la idea de *nación* para significar y que ofrecen el retrato de identidades fragmentadas, disgregadas, híbridas, mestizas. Los casos de Maryam Madjidi y Kim Thúy son paradigmáticos en este sentido, y por eso han sido escogidos para este trabajo.

Si, como expresa Vicente Luis Mora, «el inmigrante y el narrador tienen un trabajo en común: ambos deben reconstruir una vida», si «escritura e inmigración suponen, por tanto, una reconstrucción vital» (2011: 52), cuando ambas figuras se funden en una sola, el proceso reconstructivo se vuelve más complejo si cabe. Madjidi y Thúy son migrantes y son narradoras. Y las dos trabajan sobre

la experiencia de la memoria, entendida esta como la vivencia sobre el complejo proceso existencial que afecta al ser humano en una desterritorialización forzosa, en el proceso de enfrentarse y descubrir al otro, de aprehender o negar otra cultura y a menudo otra lengua, de refundarse como individuo en un contexto radicalmente diferente; y todo ello como expresión (artística) de lo vivido y narrado en propia carne (Ruiz, 2005: 104).

Sus obras son un modelo de abordaje de esta vivencia y sus implicaciones emocionales, educativas, familiares, identitarias y, aspecto fundamental en el campo literario, narrativas. En el análisis comparado que se desgrana a continuación, se contempla cada una de estas cuestiones siguiendo la metodología propuesta por Nora Moll en el volumen de referencia firmado por Armando Gnisci (2003), una guía imprescindible para los comparatistas del siglo XXI. Noll plantea cómo la literatura de la emigración

exhibe una reflexión de tipo imagológico y representa unos procesos de desenmascaramiento de los prejuicios raciales y étnicos corrientes, estimula al lector y al comparatista a practicar una verdadera imagología hermenéutica que avance y dialogue con ella. Descubriendo las dificultades inherentes a las relaciones interculturales entre los hombres y las mujeres del mundo, esta literatura ofrece la posibilidad de reflexionar sobre cuestiones de alcance mundial (2003: 385).

Parece que el concepto de «literatura mundial», tan caro al comparatismo desde sus primeros pasos y en la base de interesantes derivas teóricas desde hace décadas, adquiere su sentido más completo y su mejor plasmación gracias a la literatura migrante. Según Homi K. Bhabha, «ahora podemos sugerir que las historias transnacionales de los migrantes, los colonizados, los refugiados políticos, todas estas condiciones fronterizas, podrían ser los terrenos propios de la literatura mundial» (2002: 29). Una literatura mundial escrita desde los márgenes —literales y metafóricos—, desde las periferias culturales, de difícil adscripción dentro de las coordenadas tradicionales (canon, nación, lengua) y dispuesta a dar fe de las causas de los «perdedores», por usar la terminología de Edward Palmer Thompson (1989: 17).

Con el objetivo de trazar las similitudes y los paralelismos entre las obras de Madjidi y Thúy, observando la repetición de lugares comunes o imágenes que concretan la experiencia del exilio y su impronta en la identidad híbrida, esta aproximación comparativa a *Marx y la muñeca* y a *Ru* busca poner de relieve aquellos elementos que configuran el universo temático particular de este tipo de literatura desterritorializada.

1. Huir o morir: dos familias de refugiados políticos

Los padres de Madjidi y de Thúy entran de pleno en la categoría de refugiados políticos, «aquellos que han de abandonar su país porque pelagra su vida o su medio de vida. Suelen tener más dificultades de asentamiento en el país receptor ya que a menudo hacen el cambio precipitadamente» (Micolta León, 2005: 65), por causas bélicas o por intransigencia religiosa o política. Huyen debido a una persecución ideológica, porque quedarse equivaldría a ser apresados, maltratados o asesinados. Los padres de Madjidi, cuyo compromiso político con el partido comunista les convertía en enemigos a batir en un Irán cada vez más asfixiante tras su conversión en República islámica en 1979, llegaron a Francia a mediados de los años 80, salvándose así de las terroríficas ejecuciones de prisioneros políticos iraníes llevadas a cabo en 1988 por el régimen de Ruhollah Jomeini. Como el padre Maryam le dijo a la entonces niña de seis años, «en Francia somos libres, es una democracia, hemos elegido este país porque para nosotros encarna la libertad de expresión. Ya lo entenderás algún día» (141).

La intrahistoria familiar de los Madjidi se dibuja sobre la Historia en mayúscula de Irán tal como ocurre con la historia de los Thúy en Vietnam. Pertenecientes a una estirpe acomodada y prestigiosa de Saigón, se ven despojados de sus propiedades y abocados al exilio para salvar la vida tras la invasión de su ciudad por las tropas comunistas de Vietnam del Norte. En pocos años, pasan de dedicarse a la *dolce vita* a dormir en el suelo lleno de lombrices de un campo de refugiados de Malasia y, desde allí, a convertirse en inmigrantes pobres en Canadá. La experiencia le sirve a Kim para comprender que el apego a las posesiones materiales es absurdo: «Nunca abandono un lugar con más de una maleta» (41), afirma. Los olores que remiten a bellos recuerdos o las recetas culinarias heredadas son para ella mucho más valiosos que cualquier pertenencia tangible.

2. Palabras borradas: la pérdida de la lengua materna

Tanto Madjidi como Thúy llegan siendo niñas a los países de acogida. En la Francia de los años 80, Maryam no tarda en comprender que, sin el idioma nacional, está destinada a quedarse fuera del sistema. Su forma de aprender el francés es muy particular: durante meses, en el colegio, se mantiene ensimismada y silenciosa, aparentemente ajena a lo que ocurre a su alrededor: «Los otros niños de la escuela la miran con un aire de falsa compasión mezclada con burlas, ella es la extranjera, la que no habla una palabra de francés, la muda, la marciana, la pobre» (123). Pero en su interior, Maryam está «gestando la lengua» y cuando por fin se pone a hablar, yo no parará. De hecho, su futuro laboral estará ligado al francés como docente. En un bello pasaje del libro, la lengua persa y la lengua francesa mantienen un tenso diálogo, del que sale vencedora la lengua de Molière: «Entonces el francés envuelve a la niña en su manto real de flor de lis y de élite» (144). El persa, metamorfoseado en una anciana melancólica, queda arrinconado y sepultado.

Si el término aculturación se acuñó para referirse al resultado del proceso de adquisición de una cultura por parte de una persona o de un grupo, que la superpone a la anterior y original: en el caso de las niñas Maryam y Kim esta aculturación no se produce por causas coloniales, sino por razones de supervivencia en países de acogida. Aunque tiene los mismos efectos de borrado y sustitución. Cuenta Thúy: «Mi madre quería que yo hablase, que aprendiera a hablar con la mayor rapidez posible en francés, y también en inglés dado que mi lengua materna se había vuelto no ya irrisoria, sino inútil» (35). Y, más adelante, admite: «Tuve que aprender de nuevo mi lengua materna, que había abandonado demasiado pronto» (114). Lo mismo hace Maryam: siendo ya una universitaria veinteañera se reconcilia con sus raíces lingüísticas y aprende el persa empezando de cero, haciendo suya la consigna que su padre no se cansaba de repetir a su madre cuando hablaban sobre la hija: «Debe avanzar con su doble cultura y conservar sus dos lenguas, porque, quiera o no, siempre será una mezcla de las dos» (146).

3. Arroz y pan para desayunar: la comida como seña de identidad

El filósofo argelino Mustapha Cherif afirma que «la problemática de la integración cultural es terreno baldío, los clichés y los eslóganes se imponen. Las investigaciones objetivas son escasas» (2009: 56). Y ciertamente muchos acercamientos a la integración cultural resultan tópicos o superficiales: se basan en ideas manidas pergeñadas desde la cultura receptora y no prestan atención a la experiencia real y cotidiana del Otro, sea exiliado o migrante. Si *Marx y la muñeca* y *Ru* tienen valor sociológico, además de valor estético, lo tienen porque ofrecen la vivencia del exiliado en sus detalles más nimios y menos relevantes, al menos en apariencia. ¿Es trivial el desayuno que los padres administran a sus hijos pequeños? ¿Es baladí el tipo de comida que cocinamos y consumimos, la costumbre de ciertos sabores y texturas en nuestros paladares? Quizá, desde el punto de vista de quien nunca ha tenido que cambiar de cultura a la fuerza, se trata de un aspecto que carece de importancia. Sin embargo, para la niña iraní que llega a Francia o para la niña vietnamita que llega a Canadá, no hay mayor extrañeza que pasar de las legumbres, el arroz y la carne a la leche con cacao, la bollería y las tostadas. Explica Thúy:

Cuando Marie-France, mi profesora en Granby, me pidió que describiera mi desayuno, le dije: sopa, fideos, cerdo. Me lo repitió varias veces imitando el despertar, frotándose los ojos y desperezándose. Pero mi respuesta seguía siendo la misma [...]. Entonces, ella telefoneó a casa para comprobar con mis padres la exactitud de mis respuestas. Dejamos progresivamente de desayunar sopas y arroz. Personalmente, no les encontré sustituto. Así pues, pocas veces desayuno (150).

Y el caso de Madjidi es muy similar. Durante los primeros días en París, el padre se esfuerza por acostumbrar a su familia a las novedades de la gastronomía francesa:

Mi padre ha comprado cruasanes en la panadería de enfrente. Los coloca cuidadosamente sobre la mesa, explicando que los franceses toman esa clase de bollos para desayunar. [...] Mi madre no come, yo tampoco. [...] Quiero

lavash, ese pan blanco iraní tan fino que parece un papel [...]. Se lo digo a mi padre. Suspira y se enfada. Estamos en Francia, aquí no puedo bajar a la calle a comprar esas cosas, tendréis que acostumbraros. Ya no estamos en Irán, así que haced el favor de comer lo que acabo de comprar (93).

Resulta muy significativo que, cuando una Maryam ya adulta se marche a China a trabajar, eche de menos con locura esos mismos cruasanes que tanto despreció durante su infancia. Como resulta significativo que el hermano menor de Thúy arrastre consigo, en cada mudanza, la vieja tostadora que nunca supo utilizar la familia de exiliados en Canadá: «Es el único trasto que lleva consigo de un país a otro, como si fuera un asidero o el recuerdo de su primer anclaje» (153). Los símbolos de la comida del país de acogida se convierten, con el paso del tiempo, en elementos incorporados a las identidades de los exiliados, en emblemas de la mezcla de culturas que configura la personalidad del nómada.

4. La fascinación oriental: utilización del pasado exótico

La fascinación que despierta cualquier toque de orientalismo en la mente occidental, como estudió a fondo Edward Said (1978), tiene su raíz en la visión cuajada de tópicos y prejuicios que desde Occidente se ha vertido sobre Oriente, tratando de definirlo como su Otredad, su opuesto intelectual, estético, cultural. Un opuesto que ocupa, como manda el pensamiento binario, una posición de inferioridad dentro de la jerarquía⁴. De hecho, la fascinación del occidental se apoya, precisamente, en la consciencia de su dominio y superioridad con respecto a Oriente y sus habitantes. Su «diferencia» nos atrae porque es una diferencia subyugada o controlada.

Las dos autoras que aquí se analizan conocen esa atracción preñada de falsedades y supremacía. Pero también son capaces de utilizarla en beneficio propio cuando les conviene, pues ambas han jugado a veces el rol de la extranjera de oscuros orígenes para deleite de un auditorio occidental ávido de extrañezas morbosas e indoloras. Thúy admite que, en reuniones sociales, e impelida por la curiosidad de los asistentes, «les cuento retazos de mi pasado como si fueran anécdotas, números de humorista o cuentos grotescos de países lejanos con decorados exóticos, sonidos insólitos, personajes paródicos» (190). Y Madjidi, yendo más allá, utiliza su identidad mestiza para seducir y acostarse con los hombres que le gustan: «Me revuelco en mi pequeño mundo exótico, que me procura un orgullo jovial. El orgullo de ser distinta. Pero siempre ese apuro, esa voz interior que me recuerda que yo no soy todo eso, que me oculto tras una máscara, la de la exiliada novelesca» (81).

5. Para siempre, entre dos mundos: aceptar la mixtura identitaria

Tanto la autora de *Marx y la muñeca* como la de *Ru* reflejan en sus libros la sensación que se experimenta cuando se deja de pertenecer a un solo lugar y se está, a caballo y para toda la vida, entre dos mundos distintos. «A medias esto, a medias aquello, nada en absoluto y todo al mismo tiempo» (185), resume eficazmente la canadiense de adopción. Ambas

escritoras deben enfrentarse con la dificultad que supone no ser identificadas por los demás como «de un solo lugar»; pero, sobre todo, deben lidiar con las implicaciones emocionales de no reconocerse a sí mismas como de un único sitio. Dice Vicente Luis Mora que «la experiencia del trasterrado o de quien está, socioculturalmente, fuera de lugar, es la de una persona que se siente extraño y falta de encaje» (2011: 53). Justamente esa falta de encaje es la que sienten Thúy y Madjidi, y la vivencia desgarrada que alimenta la intensidad de sus narraciones.

Thúy relata el día en que visita, ya como adulta trabajadora, el Vietnam abandonado años atrás: «La primera vez que fui con mis tacones altos, mi falda recta y mi cartera a un restaurante escuela para niños desfavorecidos, en Hanói, el joven camarero de mi mesa no comprendió por qué le hablaba en vietnamita» (111). Pese a la característica forma del rostro y de los ojos, pese a la lengua empleada para comunicarse, el camarero identifica a Kim como una mujer extranjera, una profesional que ha llegado de un país occidental y debería hablar inglés o cualquier otra lengua de allá. A Madjidi le ocurre algo similar cuando va de viaje a Irán. Agotada de cargar con una doble identidad que nunca es una identidad «completa» o «verdadera» a ojos de los demás, acaba por espetar: «En Francia me dicen que soy iraní. En Irán, me dicen que soy francesa. ¿Quieres mi doble cultura? Pues te la regalo, carga con ella y ya me dirás si es una *hermosa riqueza* o no» (16).

Y, sin embargo, Madjidi y Thúy demuestran, en la complejidad de sus vivencias y en las problemáticas que han tenido que asumir, en sus tremendos aprendizajes vitales, que la identidad mixta o mestiza pone en cuestión el valor de las identidades monolíticas para construir un futuro en común sobre los ejes de la diversidad y la igualdad. Las dos escritoras consiguen trasladar que el *patchwork* identitario⁵ del migrante es una realidad contemporánea de primer orden y de obligatoria consideración. Como afirma García Canclini, estamos ante «la necesidad de hablar de sujetos interculturales, o sea, de entender la interculturalidad amplia, propia de un mundo globalizado, como un factor constituyente, decisivo, en la configuración actual de la subjetividad» (2004: 160).

En este sentido, resulta muy interesante observar el paralelismo que se establece entre forma y fondo en ambos libros: comparten una estructura basada en la fragmentación, el retazo y la discontinuidad. No existe un hilo conductor que organice el discurso de forma cronológica, sino que la narración va dando saltos temporales mediante constantes anacronías (analepsis y prolepsis). Esos saltos recuerdan a los que da la memoria humana cuando trata de rememorar las experiencias pasadas para contarlas a otra persona.

¿Sirve mejor la escritura a retales para contar la historia de fragmentación vital que supone un exilio? Si se dibuja un *patchwork* identitario como fondo, como forma se ofrece un *patchwork* narrativo compuesto por recuerdos, anécdotas, cuentos, breves historias de familiares, amigos o conocidos, salpicaduras de reflexiones, referencias al pasado, al presente y al contexto histórico, etc. Sostiene Yolanda Onghena:

La mezcla no gusta; es inquietante. Desconcierta por tratarse de diferentes elementos, de los cuales algunos pueden ser cercanos o conocidos y otros

desconocidos. Pero la gran incógnita, lo que realmente preocupa, es el resultado imprevisible de la mezcla en la que la totalidad emerge de las interacciones entre las partes y donde todas estas totalidades emergentes son la complejidad social irreductible que caracteriza el mundo contemporáneo (2014: 27).

Hay mezcla en la identidad híbrida de las autoras como la hay en las textualidades fragmentarias, descosidas y de difícil clasificación genérica que brindan a los lectores.

7. La historia en minúscula: el protagonismo del ser anónimo

«La historia de Vietnam, la que se escribe con H mayúscula, desbarató los planes de mi madre» (12), dice Kim Thúy en su libro, asumiendo que el discurrir bélico, político y económico de las naciones choca con los sueños y los proyectos de las personas desbaratándolos sin remedio. Como las cuentas de un collar roto que se dispersan por el suelo, las historias de los afectados por una guerra, un cambio de régimen o un episodio de violencia, se pierden hasta quedar sepultadas por el alud gigante de la Historia en mayúscula. Por eso también dice Thúy que le gusta rescatar estas pequeñas historias para que no se olviden, para que alguien las aprecie como un legado al margen de los libros oficiales: «Cuento estas anécdotas a mi hijo Pascal para conservar en mi memoria un fragmento de historia que nunca encontrará su lugar en los bancos de la escuela» (60).

Hay muchas historias en minúscula dentro de la narración de Kim. No en balde ella está convencida de que el peso de la historia muda de Vietnam se sostiene sobre los hombros de las mujeres trabajadoras, de las ancianas humildes y silenciosas que venden sopa por las calles, portadoras de la esencia de lo colectivo —también el símbolo de la mujer anciana como síntesis de las esencias persas es fundamental en Madjidi—. Thúy recupera, entre muchas otras, la historia del cirujano Vinh, que todos los días barre la entrada de un templo en agradecimiento al sacerdote que salvó la vida de sus cinco hijos en plena guerra. O la historia de la vietnamita anónima perdida en el Bronx, cuyas palabras Kim tradujo al inglés a los policías que la encontraron. Su único deseo era regresar a casa y no cesaba de preguntar por dónde volver a «la jungla, su jungla» (118).

También Madjidi recoge historias minúsculas y las injerta en su propia historia vital, creando una urdimbre de mini-historias de dolor, pérdida y desubicación, y dando a conocer esas voces ocultas u olvidadas:

Quisiera pasarme la vida recogiendo historias. Historias hermosas. Las guardaría en una bolsa y me las llevaría. Y, en el momento propicio, se las regalaría a un oído atento para ver cómo nace la magia en su mirada. Quisiera sembrar historias en los oídos del mundo (31).

De un modo muy original, y que enlaza con la tradición persa del relato oral de raigambre popular, Madjidi narra estas historias —la de Abbas, el fusilado; la de su tío represaliado en prisión— como si se tratara de cuentos tradicionales. Si en la práctica tradicional son las mujeres las que cuentan cuentos a sus hijos para entretenerlos o calmarlos, la escritora Maryam asume ese rol de «cuentacuentos» para trasladarnos la memoria de los perdedores. De hecho, la marca de género en *Marx y la muñeca* y en *Ru*

se hace muy evidente en esta voluntad explícita por recuperar las vidas que el relato oficial, heteropatriarcal y canónico, deja en nota al pie o, directamente, ignora.

8. Diferencias entre *Marx y la muñeca* y *Ru*: gratitud e indulgencia

Aunque las similitudes entre ambas obras, como se ha expuesto hasta aquí, son numerosas y profundas, también es cierto que entre los textos existen dos diferencias significativas que merece la pena señalar.

La primera diferencia se encuentra relacionada con la actitud hacia el país de acogida que recibió a las dos autoras siendo niñas y en circunstancias límite para sus familias. En el caso de Canadá, Thúy tan solo tiene palabras de agradecimiento hacia aquel «ejército de ángeles que habían sido lanzados en paracaídas sobre la ciudad para prodigarnos un tratamiento de choque» (41). La autora perdona y comprende los pequeños fallos que cometieron las personas que les ayudaron a instalarse. Disculpa la ocasión en que, sin saberlo, les compraron colchones de segunda mano llenos de pulgas, o aquella otra en que les regalaron ropa y su padre llevó durante mucho tiempo un suéter de mujer, sin ser consciente de ello, porque nadie les había explicado la diferencia estética. Thúy da las gracias a los canadienses por el tiempo invertido en echarles una mano: ahora que ella es adulta, entiende que el tiempo es la posesión más preciada, y compartirlo, el mayor regalo. Además, valora el esfuerzo que sus maestras hicieron para incorporarla al sistema educativo.

Madjidi, en cambio, resalta la falta de empatía o, directamente, la sensación de invisibilidad que tuvieron que soportar su madre y ella al llegar a Francia. Rememora las tardes en un parque, tristes y aisladas en un banco, mientras el resto de madres y niños se relacionaban entre sí, ignorándolas. O cuestiona el proceso de «integración» practicado por el sistema académico francés. Maryam fue destinada a una clase especial junto con otros críos llegados de diversas partes del mundo. Allí asimiló que había dos grupos sociales muy marcados y que debía huir del que le había sido asignado por el destino: «Quiero ir a la clase normal. Me interesa esa clase porque es la de los auténticos franceses. Yo quiero ser como ellos: ordinaria, normal, francesa. Todo ocurre allí. Aquí huele a miseria y a exclusión» (136). No extraña que el colegio sea descrito metafóricamente como «una lavandería», donde se ejecuta un inopinado proceso de «limpieza», de borrado del bagaje cultural y lingüístico que trae el alumnado migrante: «Extraña manera de acoger al otro [...] Olvida de dónde vienes, aquí ya no cuenta» (138). En este sentido, el planteamiento de Madjidi resulta interesante porque no elude las aristas y los conflictos que presenta todo proceso de integración del extranjero.

La segunda diferencia entre las dos obras está asociada a las relaciones paternofiliales entre las autoras y sus progenitores. Thúy valora sin fisuras el sacrificio realizado por sus padres a la hora de empezar de cero en un país desconocido y en una posición social nueva para dos personas de procedencia acomodada y con nula experiencia en labores manuales: «Por nosotros, no veían las pizarras que borraban, los aseos de escuela que

fregaban, los rollitos de primavera que repartían. Lo único que veían era nuestro porvenir» (25). Sin embargo, Madjidi se muestra crítica con las decisiones y las actitudes de sus padres una vez instalados en Francia y, en especial, exhibe escasa indulgencia hacia su madre, a quien acusa de regodearse en la tristeza y la apatía: «La nostalgia, ese agujero negro en el que querías ahogarte y ahogarnos a nosotros contigo» (102).

Hay cuestionamiento de Madjidi hacia los padres que la empujan al exilio con seis años, mientras que hay una amplia gratitud en Thúy por el tremendo esfuerzo hecho por su familia para recuperar la estabilidad perdida. Desde los mismos títulos de los libros, se evidencia esta distinción. Se trata de títulos que contienen metáforas fundamentales para entender las condiciones del proceso de reconstrucción vital y narrativo que se relata.

En el caso de Madjidi, con *Marx y la muñeca* se alude a los ideales comunistas y a la infancia de Maryam: los libros y los juguetes quedan enterrados en Irán junto con los cadáveres de muchos compañeros ideológicos de los padres. Por eso la narración se apoya en la doble metáfora de «enterrar» y «desenterrar». Afirma la autora: «Escribiendo, desentierro los muertos. ¿En eso radica mi escritura, pues? ¿En el trabajo de un sepulturero al revés?» (40). Arrancados de su tierra y trasplantados a otra distinta y lejana, los padres de Madjidi nunca se desprenderán de la nostalgia. No extraña que la frustración, la melancolía o la rabia impregnen el carácter de Maryam desde pequeña y que, ya de adulta, la obliguen a «desenterrar» sus propios fantasmas en sesiones de psicoanálisis o a «desenterrar» el alfabeto persa para reaprender su lengua materna. Se acomete un esfuerzo para horadar las capas de tierra dura y compacta, y hacer aflorar traumas y conflictos íntimos.

La metáfora que propone Thúy en su título, en cambio, sugiere aceptación y conformidad ante los virajes que da la vida: *Ru* significa «arroyo» en francés y «arrullar» en vietnamita. La autora entiende la vida como un río que fluye, salvando meandros y adaptándose a los baches del camino, en constante circulación, bajo el arrullo que produce el movimiento. La familia de Thúy se adapta y logra germinar en la nueva tierra; de hecho, tras décadas de esfuerzo, la mayoría de hermanos y primos consiguen prosperidad económica y una buena situación social. De la metáfora de la tierra a la del agua. Dos elementos contrapuestos con valores simbólicos distintos, pero vinculados a la naturaleza, a las raíces, al sentido de la vida.

En un interesante artículo publicado en *El País*, el periodista Jorge Morla recogía el valioso testimonio de varios escritores migrantes afincados en España: Quan Zhou Wu, Mohamed El Morabet, Najat el Hachmi y Margaryta Yakovenko, todos ellos jóvenes, junto con la veterana Monika Zgustova. Cerraba la pieza con estas palabras:

Identidades mixtas, voces partidas, personalidades que buscan su propia patria entre el desarraigo. «Al final», resume Monika Zgustova, «en realidad ese es el mundo al que nos dirigimos. Todas las literaturas se mezclarán, de la misma manera que todas las culturas se están mezclando», cree. «Uno irá a una librería y poco importará de dónde sea el autor, porque todos somos, y seremos, un

poco de muchos sitios». La conclusión literaria (y literal) es por tanto obvia: no diga bichos raros. Diga pioneros (2020).

Pioneros de la literatura mundial, esa idea que acarició Goethe con su *Weltliteratur* y que ahora, más que nunca, está abandonando su dimensión utópica para convertirse en una realidad literaria. Porque, ¿dónde clasificar a estos autores, incluidas Madjidi y Thúy? Y, sobre todo, ¿por qué encajarlos en una tradición estanca y, tal vez, obsoleta? ¿Qué sentido tienen las fronteras políticoadministrativas a la hora de abordar la literatura hoy, en plena era de la comunicación digital inmediata y de la migración constante?

La diferencia entre los exiliados anteriores y los de nuestro tiempo es la escala: nuestro tiempo —con su guerra moderna, su imperialismo y las ambiciones cuasiteológicas de los gobernantes totalitarios— es ciertamente la era del refugiado, de la persona desplazada, de la inmigración masiva (Said, 2005: 180).

En efecto, estamos en la era del migrante. Su ímpetu vital debe abrir no solo nuevos horizontes sociales, económicos, ecológicos o culturales, también debe sacudir los cimientos de los estudios literarios y ayudar a replantearlos desde ópticas que permitan su éxito, cuando no su supervivencia, en el siglo XXI. Como apunta el escritor martiniqués Patrick Chamoiseau en un bello opúsculo de reciente publicación, «el *Homo sapiens* también es, sobre todo, un *Homo migrator*» (2020: 35). Entender esta dimensión humana y sus reflejos en la literatura es la mejor garantía de futuro para las humanidades.

Bibliografía citada

- ACNUR (2020): «El desplazamiento forzado supera los 80 millones de personas a mediados de 2020 en un momento en que la COVID-19 pone a prueba la protección a personas refugiadas en todo el mundo», *ACNUR España*, <<https://www.acnur.org/noticias/press/2020/12/5fd100c94/el-desplazamiento-forzado-supera-los-80-millones-de-personas-a-mediados.html>>, [09/12/2020].
- BHABHA H. K. (2002): *El lugar de la cultura*, Buenos Aires: Manantial.
- CHAMOISEAU, P. (2020): *Hermanos migrantes*, València: Pre-Textos.
- CHERIF, M. (2009): «Diálogo de las culturas y la inmigración» en Duque, F. (coord.), *Los otros entre nosotros. Alteridad e inmigración*, Madrid: Círculo de Bellas Artes, 51-72.
- FRAGA, E. (2013): «El pensamiento binario y sus salidas. Hibridez, pluricultura, paridad y mestizaje», *Revista Estudios Sociales Contemporáneos*, 9, 66-75.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona: Gedisa.
- MADJIDI, M. (2018): *Marx y la muñeca*, Barcelona: Minúscula.
- MICOLTA LEÓN, A. (2005): «Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales», *Trabajo Social*, 7, 59-76.
- MORA, V. L. (2011): «La identidad migrante y su reflejo literario en libros sobre inmigración en los Estados Unidos», *Impossibilia*, 2, 48-62.
- MORLA, J. (2020): «La literatura híbrida se abre camino», *El País*, <https://elpais.com/cultura/2020/01/28/babelia/1580223553_062070.html>, [01/02/2020].
- ONGHENA, Y. (2014): *Pensar la mezcla. Un relato intercultural*, Gedisa: Barcelona.

- RODRIGO ALSINA, M. (2009): «La identidad como *patchwork*», *I/C - Revista Científica de Información y Comunicación*, 6, 285-305.
- RUIZ SÁEZ, A. (2005): «Desterritorialización y literatura. Literaturas de exilio y migración en la era de la globalización», *Migraciones y Exilios*, 6, 101-112.
- SAID, E (1978): *Orientalism*, New York: Vintage Books.
- SAID, E. (2005): *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Barcelona: Debate.
- SANZ CABRERIZO, A. (2008): *Interculturas/Transliteraturas*, Madrid: Arco Libros.
- SEGARRA, M. (2014): «Literaturas migrantes. *Jo també soc catalana*, de Najat El Hachmi», *Mètode. Science Studies Journal*, 81, 72-77.
- THOMPSON, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra* [1963], Barcelona: Crítica.
- THÚY, K. (2020): *Ru*, Periférica: Cáceres.

¹ Publicada un año antes en Francia como *Marx et la poupée*, en el sello Le Nouvel Attila. En este artículo, el texto se cita siempre por su traducción al castellano, indicando tan solo el número de página.

² Publicada en 2009 en Canadá con el mismo título por la editorial Libre Expression. Como se indica en la anterior nota, aquí se cita la traducción al castellano por su número de página.

³ Al respecto, téngase en cuenta la siguiente apreciación: «Muchos escritores englobados bajo el término de “literatura migrante” rechazan esta etiqueta, que consideran asimismo excluyente o, en cualquier caso, que los convierte, según ellos, en autores de “segunda categoría”. Por ello, un conjunto de creadores de orígenes diversos (incluyendo a franceses de pura cepa, como se dice en una expresión de tintes racistas) creó hace pocos años otro concepto, el de “littératuremonde” (“literatura-mundo”), en un intento de superar estas categorizaciones» (Segarra, 2014: 72).

⁴ Sobre estas dinámicas jerárquicas del pensamiento binario occidental y su superación a partir de los conceptos postcoloniales de hibridez o mezcla, centrales en este artículo, puede verse el interesante trabajo de Eugenia Fraga (2013).

⁵ Para profundizar en esta idea de la identidad como *patchwork* se aconseja revisar el trabajo de Miquel Rodrigo Alsina (2009).